

Hace varios años una maestra de educación religiosa trajo a Santa Cecilia un grupo de jóvenes de la edad de escuela secundaria de una iglesia protestante de Ames para que ellos pudieran experimentar nuestro modo de adoración, la Santísima Misa. La maestra le estaba enseñando a los jóvenes sobre las tradiciones diferentes y modos de adoración. A su sorpresa, nosotros Católicos cantamos los mismos himnos que ellos cantan en su iglesia. Como la maestra era una amiga personal, ella vino hacia mí después de la misa y me preguntó si Santa Cecilia había elegido la música especialmente para la visita de su grupo. No lo hicimos ya que la música había sido elegida semanas antes de su visita, y el liturgista que la eligió no sabía que el grupo asistiría. Nuestras lecturas para hoy me recordaron de ese evento.

Aunque nuestras lecturas de las escrituras para hoy suenan como si ellas fuesen elegidas debido a los últimos acontecimientos, nuestro leccionario fue publicado hace casi cincuenta años. Como saben, los términos deshumanizantes «ilegales» y, en inglés «aliens», en español «extranjeros», muchas veces con la connotación de «extraterrestres», son usados comúnmente por opositores de inmigración, y hay otros términos más despectivos. En la lectura del Evangelio de hoy el uso por Jesús del término «perritos» para referirse a no-judíos es ofensivo, y ésta no es la única ocasión en la cual él usó este término. En su Sermón en el Monte, al principio de su ministerio, él dijo, «No den lo que es santo a los perros, ni echen sus perlas a los cerdos, pues podrían pisotearlas y después se volverían contra ustedes para destrozarlos» (Mt. 7:6). Este tipo de lenguaje era aún más común entonces que es ahora. En aquella época, los griegos les llamaban a los que eran no-griegos «bárbaros»; los romanos les llamaban a los que eran no-romanos «plebeyos». Y los judíos usaron los términos «perro» y «cerdo» para referirse a los que eran no-judíos. Jesús, por supuesto, era un judío. Además, la mujer que le gritaba a Jesús era, no sólo una no-judía, sino una cananea, una pagana cuya gente era archienemigos de los judíos. Aquí estaba una mujer con la cual ningún judío tendría ninguna forma de comunicación con ella bajo ninguna circunstancia.

Nosotros somos tan conscientes de que Jesús es Dios que tenemos dificultades con su humanidad. Es cierto que en nuestra profesión de fe decimos de Jesús,

. . . por nosotros, los hombres
y por nuestra salvación bajó del cielo
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen,
y se hizo hombre

Y el Evangelio de hoy nos dice que Jesús era un hombre judío de su época. Los judíos llamaron a los no-judíos «perros» y «cerdos» y incluso ellos sacudieron el polvo de sus pies cuando ellos volvieron a entrar en su patria judía. Irónicamente fueron las autoridades judías, no los no-judíos, que usaron contra Jesús sus propias palabras en su cargo que merecía la muerte.

Pero hay otro giro a la historia. Jesús no estaba en su propio territorio. Herodes acababa de matar a Juan el Bautista. «Al saber de esta noticia, Jesús se alejó discretamente de allí en una barca y fue a un lugar despoblado» (Mt. 14:13) y luego, más tarde, él y sus discípulos salieron de su propio pueblo y entraron en un país extranjero. En la lectura de hoy es Jesús y sus discípulos que son los «aliens».

La mujer que comenzó a seguir a Jesús estaba dentro de su propio país. En respuesta a sus súplicas repetidas para su hija, Jesús le dijo, «Yo no he enviado sino a las ovejas descarriadas de la casa de Israel». Esta mujer, preocupada por su hija, no debía estar desanimada. Fue a este punto que Jesús le dijo, «No está bien quitarles el pan a los hijos para echárselo a los perritos». Que Jesús usó la palabra «perritos», no «perros», no cambia mucho nuestra respuesta.

Aunque Jesús dijo que fue enviado sólo para las ovejas perdidas de Israel, él una vez antes había respondido a un no-judío. Un centurión romano, un comandante en cargo de cien soldados, le suplicó a Jesús que sanara a su sirviente. Cuando Jesús le ofreció venir con él a su casa, el centurión le respondió, «Señor, ¿quién soy yo para que entres en mi casa? Di no más una palabra y mi sirviente sanará» (Mt. 8:8). Jesús respondió, «Les aseguro que no he encontrado a nadie en Israel con tanta fe» (Mt. 8:10). La lectura de esta noche, la historia de la cananea, nos presenta con una mujer que no estaba a punto de rendirse. Su respuesta fue una respuesta aguda que aceptó el desprecio: «Es cierto, Señor; pero también los perritos se comen las migajas que caen de la mesa de sus amos». Y Jesús le contestó, «Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se cumpla lo que deseas». Y en aquel mismo instante quedó curada su hija». Así, nosotros estamos siendo mostrados lo que el Evangelio de Juan expresa en el primer capítulo:

Vino a su propia casa,
y los suyos no lo recibieron;
pero a todos los que lo recibieron
les dio capacidad para ser hijos de Dios.
Al creer en su Nombre han nacido
no de sangre alguna, ni por ley de la carne,
ni por voluntad de hombre,
sino que han nacido de Dios (Jn. 1:11-13).

Así, como nos dice nuestra primera lectura, llegará un tiempo cuando «los extranjeros . . . se han puesto de parte de Yavé, para obedecerle, amar su Nombre y ser sus servidores . . . » Llegará un tiempo cuando toda la gente se juntarán ellos mismos al Señor, and no habrán ningunos desprecios, ningunas declaraciones de usted-no-pertenece-aquí, ninguna discriminación y maltrato por causa del color de nuestra piel, por causa de nuestros antecedentes, o el acento de nuestra habla, pero nosotros todos—todos de los hijos de Dios—seremos unidos. Nosotros somos todos uno antes Dios.